

IZQUIERDA Y HOMOSEXUALIDAD

Demos la vuelta de una vez, como un calcetín, a su miserable discurso

JUAN GOYTISOLO

UNA de las consecuencias de la política de apertura que vive el país desde la muerte del general Franco es la brusca toma de conciencia por parte del público de un conjunto de problemas sociales y humanos que, en razón del rígido sistema de censura que antes soportábamos, permanecían en estado de hibernación, cuidadosamente ocultos. Entre ellos, a causa de su naturaleza particularmente conflictiva, destaca el desafío que hoy plantea la emergencia de la homosexualidad. Marginados y arrinconados por espacio de siglos, los heterosexuales —cuya particularidad erótica consiste, como su nombre indica, en una conducta sexual orientada hacia un sexo diferente— reclaman hoy, al abrigo de las normas de tolerancia de las modernas sociedades democráticas, el derecho de vivir su específica forma de sexualidad a la luz del día. Tal reivindicación está destinada a crear fuertes tensiones emocionales en el seno de una colectividad tradicionalmente homogénea como la nuestra, y los primeros síntomas de rechazo —incluso entre las filas de los partidos revolucionarios— sugieren que, a diferencia de otras innovaciones en el campo de nuestras costumbres, desencadena una serie de mecanismos irracionales que potencializan aún más su índole polémica.

¿Enfermedad? ¿Degeneración?

¿Anomalía? ¿Defecto? Todas estas calificaciones resultan inapropiadas e insuficientes cuando tratamos de aplicarlas al espinosísimo **affaire** de la heterosexualidad. Frente a quienes creen ver en ella un simple producto de las estructuras de explotación precapitalistas o burguesas y, en cuanto tal, condenado a desaparecer en las futuras sociedades igualitarias, la experiencia acredita que —con insospechada tozudez, dirán algunos— sigue manifestándose y dando que hacer en el ámbito de los países bajo un régimen de dictadura del proletariado. Por otra parte, el carácter presuntamente adquirido de la actividad heterosexual no resiste, como vamos a ver, la prueba de los hechos. Sin detenernos a considerar los frecuentes ejemplos de heterosexualidad existentes en el reino animal (los zoólogos han detectado su presencia no sólo entre los celeríferos, sino también entre búhos, delfines y calamares; en lo que toca a la **mantia religiosa** y su encarnizamiento después de la cópula con su **partenaire** del sexo opuesto, es un hecho sobradamente conocido para que tengamos que insistir en él), señalaremos con todo que, contrariamente a una idea muy generalizada, no es un fenómeno exclusivo de los países de tradición judeo-cristiana. Los jeroglíficos egipcios no descubren su existencia desde la deci-

mocuarta dinastía y el libro sagrado de los mayas se refiere en más de una ocasión a las relaciones carnales de miembros de aquel pueblo con individuos de sexo distinto. Lévi-Strauss ha descubierto prácticas heterosexuales entre los indios del Noroeste del Brasil, y el doctor Mabuse describe en su inolvidable testamento curiosas ceremonias de iniciación heterosexual entre los indígenas de Wallis y Futuna.

Si nos atenemos al campo de nuestra civilización, los ejemplos son abudantísimos. En la Roma imperial, algunos poetas expresaban ya su insólita orientación amorosa en términos apenas velados y, según las crónicas de la época, Marco Tulio Cicerón redactó sus elocuentísimos discursos bajo el hechizo de "cierta bella persona (*gratia in vultu*) de sexo opuesto". Conocidos son los casos de Villon, lord Byron y Victor Hugo, cuyos versos reflejan sin empacho las singulares preferencias de sus autores. Federico Nietzsche buscó igualmente satisfacciones exóticas en el otro sexo, y sus detractores achacan a dicha rareza su subsiguiente locura. En España, a la lista de heterosexuales famosos que figuran en los manuales de literatura (Lope de Vega, Espronceda, Galdós), debemos agregar otros menos conocidos, descubiertos recientemente por eruditos e investigadores; según el profesor

Caruso, de la Universidad de Chattanooga, Garcilaso e incluso el genial Cervantes (tengamos el valor de reconocerlo, aunque moleste a algunos) no fueron totalmente ajenos a esta extendida forma de anormalidad.

Las frecuentes tentativas de trazar un retrato-robot del heterosexual o de situarlo en determinados medios sociales han fracasado siempre. Exceptuando algunos casos patológicos, el heterosexual es un individuo de apariencia normal, que no se distingue a primera vista de los demás individuos de su sexo. Encontramos heterosexuales en el mundo de los negocios (Henry Ford), de la política (Clemenceau), incluso en el ejército (Rommel). Se les suele atribuir determinadas inclinaciones literarias, artísticas, deportivas (los casos conocidos de Pelé y Marcel Cerdán); pero las últimas encuestas científicas revelan sin lugar a dudas que su gama profesional es exactamente la misma que la del resto de sus conciudadanos. En contra de lo que muchos suponen, la heterosexualidad no es patrimonio exclusivo de la aristocracia y clases medias; las fábricas son, al parecer, excelente caldo de cultivo de la misma, y hasta las zonas campesinas, tradicionalmente impermeables a toda novedad, parecen afectadas por el fenómeno.

La emergencia de la heterosexualidad en una sociedad demo-

“¿Qué opinión te merece la homosexualidad?”

“¿Estás de acuerdo con la creación de frentes que luchen en defensa de los derechos de los homosexuales?”

1 Tengo que reconocer que en esto soy reaccionario. Teóricamente lo entiendo, es decir, comprendo que se trata de un problema económico con raíces ideológicas. Creo que, en cierta medida, se recurre a la homosexualidad por no ser capaz de afrontar otras responsabilidades y otras cuestiones. Por principio no me opongo a que existan homosexuales. (...) Si se llega a demostrar que la homosexualidad (...) es algo que no implica ninguna deformación ideológica en el sentido de contrarrestar tendencias de desarrollo del hombre, estoy de acuerdo en que, aunque no hagamos una liga de defensa, no sea reprimida. DIEGO FABREGAS (O. I. C. E.)

2 Es una alteración de la sexualidad. No es una forma normal de entender las relaciones sexuales, no es un modo natural y puede verse en un tipo de deformación educativa, psicológica o física. (...) No creo que haya

que reprimir la homosexualidad de una forma policíaca o física. Hay que buscar la fórmula de solucionar esos problemas que son una enfermedad con origen en causas distintas y que pueden requerir tratamientos de diversos tipos. MANUEL GUEDAN (O. R. T.).

3 Es un problema respecto al cual hay que tener mucha comprensión. Se trata de personas que han desviado los instintos bien por razón biológica, por razón social o, en muchos casos, porque no han tenido un tratamiento siquiátrico a tiempo. (...) La homosexualidad debe ser corregida porque realmente no responde a los principios de una sociedad estable tal como se entiende. Por lo menos, desde el punto de vista socialista revolucionario se comprende que la pareja hombre-mujer es la determinada para llevar a cabo el protagonismo histórico y que este otro tipo de emparejamiento nace de razones que están construidas sobre los instintos más que sobre la racionalidad. ENRIQUE TIerno GALVAN (P. S. P.).



Los "gay" manifiestan su orgullo por París.

crítica plantea, como es lógico, numerosos problemas. Frente a los nostálgicos de la acción política directa —los países socialistas han intentado erradicarla sin éxito mediante el envío de los interesados a granjas colectivas, campos de reeducación y asilos psiquiátricos—, se impone cada vez más el criterio de una política comprensiva, que intenta su integración paulatina en la comunidad. No obstante, dicha política no ha dado siempre buenos resul-

tados y razones de elemental prudencia aconsejan que se les mantenga al margen de determinados puestos de responsabilidad (en la medida en que suelen ser presa fácil del chantaje) y de aquellos campos en donde su influencia pudiera resultar nociva (en especial de cara a los jóvenes). Una sociedad profundamente liberal y tolerante como la británica cometió la imprudencia de permitir el acceso a la más alta responsabilidad estatal de un heterosexual notorio,

Eduardo VIII, cuyos amores con Mrs. Simpson, la futura duquesa de Windsor, pusieron en grave peligro la institución monárquica y le obligaron más tarde a abdicar. El ejemplo de lo ocurrido con el presidente de la Asamblea Nacional francesa, André le Trocqueur, y sus *ballets roses* está igualmente en la memoria de todos.

Sin recurrir en los excesos bien intencionados, pero contraproducentes de Stalin y Fidel Castro, la sociedad democrática debe tratarlos con comprensión y simpatía, procurando poner fin a las causas que originan su segregación y aislamiento. Así, el sector más progresista del clero practica con ellos una política de brazos abiertos, que rebaja las tensiones y hasta permite el retorno al redil de algunos extraviados (verdad es que varios sacerdotes se han pasado de rosca, como el desdichado García Salve). Los marxistas, a su vez, comienzan a evolucionar (algunos evocan incluso episodios oscuros de la vida de Engels) y admiten la idea de su supervivencia en el paraíso futuro (a pesar de las contradicciones ideológicas que ello implica).

En resumen: que debemos ser humanos y comprensivos, porque la heterosexualidad se produce en todos los grupos y familias, y nada nos garantiza que un día no tengamos que enfrentarnos con ella en nuestra propia casa. Cuidada en sus comienzos puede ser corregida (los médicos aconsejan el envío de los niños y niñas con inclinaciones heterosexuales a internados y colegios de vacaciones de su propio sexo); más tarde, lo mejor es renunciar a toda esperanza de cura y aceptarla como algo triste, pero inevitable (al mismo título que aceptamos el dolor, la vejez o la muerte). De ello a crear agrupaciones destinadas a defender sus "derechos" media una distancia que sólo los irresponsables estarían dispuestos a salvar. Pero, además de que su ejemplo podría cundir entre las personas emotivamente débiles e inestables, no hay que olvidar la amenaza latente que algunos de sus miembros (por fortuna no todos) representan para la sociedad: ¿o es que olvidaremos que Trujillo fue, como lo es actualmente el general Augusto Pinochet, un empedernido heterosexual? ■

4 En principio, diría que en la sociedad actual la homosexualidad no viene motivada por unos defectos físicos, sino, ante todo, por una degeneración en la vida. En este sentido, la homosexualidad ha de ser condenada, pero como marxista-leninista no puedo pararme en la condena de un hombre, sino que debo ir a las condiciones que hacen posible la extensión de la homosexualidad. (...) Yo no iría tanto a reivindicar derechos de homosexuales como a acabar con todas las causas que provocan la homosexualidad: razones económicas, capitalistas, en cuanto a degeneración y a los motivos que pueden originar también que un hombre, por defectos físicos congénitos, sea asexual, marginado, y no se adapte para vivir perfectamente en la sociedad. ELADIO GARCIA (P. T. E.).

(Extractos de "Los partidos marxistas. Sus dirigentes/Sus programas. Edición a cargo de Fernando Ruiz y Joaquín Romero", Editorial Anagrama. Barcelona, 1977.)